



Las lágrimas de Oriente

Por Diego Martínez Ochoa



Cuando llora ese porvenir,
abre en su cielo una silueta
que nunca acaba por definir.

Cuando delira y camina,
abre vacías moradas estelares
soplando olas dormitas.

Y cuando lo empiezan a olvidar,
pare la silueta la mujer muerta
con el sol por su espalda abierta.

Unos la ven caer, otros, levitar...

Es difícil desde este lado,
cerrar los párpados y dejar
las alas reposar cansadas.

Caen las nubes del tiempo
y caen tristes de una a una
hasta donde respira el suelo.

Y marchita el vientre del pasado
con los fenicios alados,
las sedas del principado,
los profetas del valle cegado,
las ninfas y las sendas del sueño.
Difícil hoy recordarlos...

Muere la voluntad del porvenir,
castradas dejan las palabras
y mueren los antiguos fantasmas.

Y en el cielo la muerta.
Unos decían que caía y otros que reía,
pero nadie lloraba ni escribía.

Como Europa se hundió en el ombligo del mar,
Oriente abrió con sus párpados
al ombligo del cielo para poder llorar.

Cayó a las alturas sin nupcias,
como Ícaro en la pintura de su hora.

Mientras, en la tierra,
las aves que tanta poesía poseían
cayeron numerosas al pie de los sauces.

Las estrellas que tanto amor miraban
se esfumaron numerosas
al pie de las esferas misteriosas.

Las aguas que tanta forma habían tomado
en humo desaparecieron
al recibir solo sangre de cuerpo..



Todos se entretenían en la silueta de la muerta.
Pobre dibujo recogido del porvenir,
pobre eco escondido de muerte abierta.

Todos de tan lejos poseyendo su reflejo.
Pobre silueta no tenía ofrendas
¿dónde quedaron las lágrimas de las sendas?

Desde abajo se bebe ciegamente su miel
y desde abajo se mandan las flechas
que hieren la ubre de su ayer.

Oriente ascendió con vientos de oro
en el tiempo cuando la solían escribir,
dejando como puerta sus heridas del porvenir.



Artes

Oriente replegó sus lágrimas
y duerme donde antiguo es el sol,
detrás de las ruinas, bajo la edad olímpica.

Oriente teje otra noche al infinito
desde su lecho celeste
y hoy la olvidan, como muerta ausente.

La muerta se la lleva el valle.
Tras las nubes y las montañas,
la muerta fue como humo en la calle.

Desaparecen sus diamantes y rocíos
en la bruma de la tierra
y en los velos de la arena.

Mientras, aquí,
solo flechas, risas y sangre
a lo largo del paisaje.

Pues quien no entiende
la anatomía de sus lágrimas
sigue flechando su simulacro.

Pues quien no entiende
la constelación de sus alas
seguirá conjurando batallas.

Pues quien no entiende
las bodas del tiempo y lo eterno
seguirá apresurando lamentos. 



Diego Martínez Ochoa es estudiante de la Licenciatura de Artes Visuales, de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

